

SUBDESARROLLO Y ESPERANZA EN ÁFRICA

Un artículo de Carlos Sebastián, Catedrático de la Universidad Complutense de Madrid

Entre 1975 y 1995 la renta per cápita del África subsahariana cayó más de un 20%, experiencia muy diferente de la que tuvieron los países asiáticos, que a finales de los sesenta tenían una renta per cápita similar a la africana.

La causa fundamental se encuentra en la forma en cómo se ejerció el poder en la mayoría de los países. Con el fin de mantener el poder y ejercer su control sobre las fuentes de riqueza, las élites locales impusieron un ineficiente modelo económico altamente intervencionista que favorecía a los afines y excluía a los adversarios. De esta forma una proporción alta de la población quedó excluida de la vida económica con la consiguiente merma en la generación de rentas. Una manifestación de este hecho fue el expolio que sufrió la agricultura en la mayoría de los países, actividad de la que vivía la mayoría de la población.

Junto al modelo intervencionista, que con algunas diferencias se aplicó en la mayoría de los países de la región, y que estaba cargado de clientelismo y representaba caldo apropiado para la corrupción, los gobiernos realizaron distintos tipos de acciones redistributivas a favor de los grupos y etnias que los apoyaban, lo que representaba otra vía de exclusión económica para el resto.

Ese modelo económico vino de la mano de un estrechamiento del campo político, con una marcada tendencia al partido único desde principios de los 70 hasta principios de los 90.

Los enfrentamientos étnicos han sido en la mayoría de los casos una consecuencia de la utilización de banderas étnicas en la lucha por el control del poder, lo que en algunas instancias transformó tensiones locales en sangrientos enfrentamientos a nivel nacional. Las acciones distributivas de color étnico también han exacerbado mucho la polarización étnica. Pero no hay ninguna relación entre diversidad étnica y evolución de las economías.

Los países que no han seguido el modelo descrito han crecido desde su independencia, algunos como Botsuana y Mauricio de forma muy vigorosa. Y los países que a partir de mediados de los 90 han cambiado ese modelo han empezado a crecer (Ghana, Namibia, Tanzania, Ruanda, Etiopía, Mozambique, Uganda y Zambia). En esos países se ha reducido enormemente la intervención en la economía, han mejorado algo la calidad de la administración y la seguridad jurídica y en la mayoría de ellos se ha reducido algo la corrupción.

La subida de los precios de las materias primas en la primera década del siglo XXI ha contribuido al crecimiento del PIB. Pero es posible demostrar que en los países mencionados se han dejado sentir los cambios en las políticas económicas. Ellos junto a Sudáfrica, Botsuana, Mauricio, y otros como Kenia (al que solo le falta estabilizar su conflictividad étnico-política), constituyen síntomas de que la situación de la economía subsahariana está cambiando. El dinamismo innovador que está apareciendo en algunos sectores de la región abunda en la misma dirección.

Pese a persistir algunas incertidumbres, la evolución de este conjunto de países ha suscitado muchas esperanzas acerca de la posibilidad de que África subsahariana esté iniciando un proceso de convergencia con el mundo más desarrollado y despegando económicoamente, tras tantas décadas de estancamiento. Siendo prometedor el comportamiento de estos países emergentes en lo que va de siglo, y representando un cambio bastante radical respecto a la evolución de los treinta años anteriores, hay motivos, sin embargo, para ser cautos; esperanzados pero cautos.

->0<-

Carlos Sebastián es autor del libro [Subdesarrollo y esperanza en África](#), editado por Galaxia Gutenberg